Entre dos Dimensiones

Un Cielo llamado Vida



Encarnación Villena

ENTRE DOS DIMENSIONES

ENTRE DOS DIMENSIONES

Encarnación Villena



Entre Dos Dimensiones
Un Cielo llamado Vida
© Encarnación Villena
© Editorial: Vision Libros
C/San Ildefonso 17, Local. 28012 (Madrid) España.
Tel.:0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Grupo Editor Vision Net S.L.

ISBN: 978-84-9011-927-3

Diseño cubierta: Encarnación Villena
Imagen cubierta: Rubén Arias Villena
Maquetación: Encarnación Villena
evillenadom@hotmail.com
www.encarnacionvillena.com

Disponible en librerías físicas y online
Pedidos a pedidos@visionnet.es

Reservados todos los derechos. Esta publicación, incluido el diseño y la imagen de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y siguientes del Código Penal).

A Michael-Otto Davis, mi consuegro, una persona dotada de una gran generosidad, paz y benevolencia hacia los demás. Por sus experiencias adversas, es consciente de lo vulnerables que somos, por ello, ha aprendido a disfrutar de cada instante con las personas que tanto ama. Le agradezco enormemente dedicarle gran parte de su tiempo a cuidar y enseñar, con sus muchos conocimientos, a nuestra querida nieta Daniela, el gran tesoro que la vida nos ha regalado.



Nuestra propia soledad nos sumerge en un mundo irreal.
Nos hace sentirnos ciegos, sordos, mudos e impedidos.
Una enfermedad curable con tan solo asomarte a la vida, y comprobar la conexión que existe entre todos nosotros.

La Autora

PRÓLOGO

Bajo un dosel estrellado, sentado junto al fuego, Hugo recordaba cómo había discurrido su vida tras su recuperación. Un año muy intenso de lucha y esfuerzo, lleno de grandes emociones. Jamás hubiese imaginado que aquel accidente, que le había hecho permanecer nueve años en coma, y sufrir duros meses de rehabilitación, cambiara no solo el día a día, sino también su perspectiva de las cosas, de las personas. Algo que antes le parecía tan sencillo y maquinal como era respirar, ahora se convertía en un milagro, y daba gracias cada mañana por seguir inhalando y exhalando. Aquel suceso, no solo había marcado y cambiado su existencia, sino también la de muchas personas.

Ahora, en ese lugar recóndito, su mirada se perdía acariciando las curvas de la cara de Zoe, iluminada por el titilar de las pavesas. Ella, con los ojos encendidos de tanto llorar, por fin dormía plácidamente embutida en su saco, a tan solo un metro de él. Hugo la observaba como si fuera una pequeña niña indefensa, aun sabiendo que era una mujer valiente. Se lo había demostrado durante años, sobre todo en este último, en el que habían compartido trescientas sesenta y cinco puestas de sol y alboradas, en diferentes continentes, aprendiendo costumbres de distintas culturas. Se había alejado de Luna, su amada hija, y de Álex, su compañero, para seguirle hasta los confines de la tierra y ayudar a personas que ni siquiera conocía. Por un lado,

eso le hacía sentirse responsable por la añoranza que debía padecer la gente que la quería, especialmente Luna, una adolescente que, sin querer admitirlo, se encontraba en ese momento específico e irrepetible en que necesitas la paciencia y la comprensión de una madre.

Por otro lado, Hugo se sentía el ser más privilegiado del planeta, ¡la había conocido!, ¡había encontrado a la persona más especial entre los mortales!, con una fe inquebrantable, capaz de haberle traído de vuelta cuando estaba perdido entre tinieblas, creyéndose muerto en aquel desalmado laberinto; su cálida voz difuminaba la negrura de su soledad, abasteciéndole de serenidad y consuelo.

Zoe estaba dotada de una gran personalidad y de una gran capacidad de sacrificio. Su sensibilidad, unida a su inmensurable valentía, le transmitía seguridad y sosiego. Todo eso era más que suficiente para sobrellevar que, aunque la tuviera en alma, jamás tendría su cuerpo; un cuerpo que le hacía temblar estremeciéndose cada mañana, ahogándole en su palpitar, deseándola como jamás había deseado a ninguna otra mujer. En ese mismo instante, fue por primera vez consciente de que estaría con otras; mas su corazón, su mente y su alma, siempre le pertenecería a ella, a su niña, hasta el último aliento de vida.

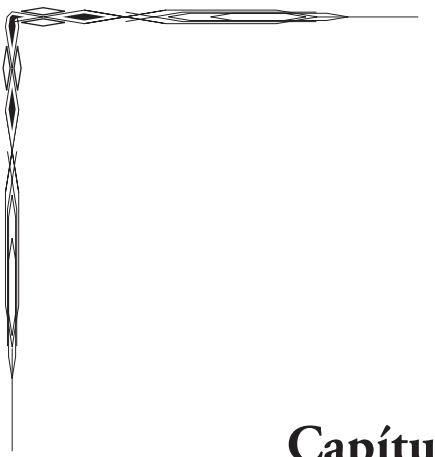
Por todo lo acontecido en los últimos días, cuando Zoe expulsaba el aire entrecortado, manteniendo todavía el sollozo entre sus sueños, le era casi imposible mirarla sin la necesidad de abrazarla con ternura, entregándole todo su infinito amor.

Libro II

Un Cielo llamado Vida



El Jardín de Zoe



Capítulo 1

Primavera 2011

Sus ojos brillaban ante el nuevo día, admirando las primeras flores nacidas en el jardín. La estación que hacía una década detuvo las manillas del reloj de Zoe, de nuevo las ponía en marcha colocando cada cosa en su lugar; por fin sentía paz consigo misma. Cuando despertaba cada mañana le inundaba una cálida y reconfortante dicha, al saber que tras nueve años de oscuridad y uno de duro esfuerzo, Hugo estaba completamente recuperado.

Eduardo y Celia habían recobrado la ilusión perdida durante tantos años, a pesar de que todo ese tiempo era irrecuperable, el presente superaba sus sueños y lo exprimían sin desaprovechar ni un segundo. No podían pedirle más a la vida, su amado hijo estaba sano y salvo; a Luna la querían como si fuera su nieta, una dulce niña que les alegraba el corazón, visitándoles muy a menudo; aunque su mayor tesoro era Zoe, no tendrían suficiente tiempo para pagarle su sacrificio, cariño y generosidad.

Debido a las circunstancias, Luna tuvo que madurar rápidamente, ahora avanzaba hacia adelante sin mirar al pasado, sabiendo que tenía mucha suerte de tener a alguien tan especial a su lado. Por consiguiente, cuando Zoe no se daba cuenta, ella la observaba con gran admiración, creando una atmósfera mágica para sus sentidos.

Marta creía firmemente en su amiga, ahora podían hablar abiertamente sobre las experiencias vividas en aquella dimensión, que devolvieron la fe a quien consideraba su hermana. Pese a que su intranquilidad seguía latente por lo que se avecinaba, se sentía muy orgullosa de Zoe por haber conseguido hacer felices a tantas personas.

Los demás, sorprendidos, la miraban todavía escépticos, incluido el personal del hospital, a quienes les costaba creer los comentarios de Zoe, buscando la solución en la ciencia; pues ya había muchos neurólogos investigando sobre qué es lo que sucede en el cerebro de estos pacientes. Aunque la explicación de ella no les sirvió, el ejemplo de Hugo, se convirtió en un foco de esperanza para no cerrar las puertas a un enigma inagotable.

El único que se sentía ridículo ante ella, era Álex, en esa historia jamás le había prestado su apoyo. La susceptibilidad que le había transmitido durante todos esos años, ya fuese por celos o por la necesidad de que, en la mente de Zoe, solo tuviese cabida la familia; ella le había confinado a un arduo lugar, que él en la actualidad lamentaba enormemente. Era consciente de que, por su egoísmo, había perdido lo más preciado. Por más que se marchite la pasión con el paso del tiempo, él siempre había creído que con la admiración y con lo que quedara de amor, era más que suficiente, con los años se dio cuenta de que estaba muy equivocado, al comprobar que lo único que sirve como contrafuerte en la

pareja es «la complicidad y confianza», sin ellas, el amor termina resquebrajándose.

Conocía muy bien a Zoe y sabía que, aun estando a su lado en los momentos más duros, en los últimos años le había fallado.

Ahora se daba cuenta de lo sola que se habría encontrado, luchando contra todos los que la increpaban, incluido él, para hacerla desistir.

Aun teniéndola a su lado, lo peor de todo era vivir el resto de su vida con ese sentimiento, sin poder retroceder en el tiempo, sin poder enmendar su gran equivocación.

En consecuencia, cuando aquella mañana Zoe le comentó lo que estaba dispuesta a hacer, Álex ratificó sus temerosos pensamientos con un leve movimiento de mandíbula, incapaz de respirar.

—Espero que lo entiendas, no puedo quedarme con los brazos cruzados, tengo que ayudarle a encontrarlos —él seguía escuchando con los labios apretados—. Como no sé el tiempo que nos llevará, he pensado que cuando estés trabajando, lo más conveniente es que Luna se quede con Marta y Roberto. ¿Qué te parece?

—¡Qué quieres que diga, Zoe!, si tú ya lo tienes todo calculado —respondió, sin alterar la expresión de su rostro.

—¿Acaso prefieres contratar a una extraña?

—¡No es eso!

—¿Entonces...?

—Pues... que tú ya has hecho tus planes, y yo... ¿qué voy a hacer sin ti?, ¿lo has pensado? Mejor dicho, ¿has pensado en mí?

—Créeme que lo he hecho, me he machacado los sesos pensando en ti y en Luna, mas creo que esto es lo que debo hacer —tragó saliva—. Solo te pido que me apoyes, que lo comprendas.

—¡Cómo puedo estar de acuerdo en una cosa así!, estaremos separados durante semanas, ¡qué digo semanas!, ¡meses...! Nuestra hija nos necesita ahora más que nunca, y mi trabajo no me permite estar a su lado.

—Lo sé, pero esto no es ningún capricho, hay personas que nos necesitan.

—¡Revivo de nuevo la pesadilla de los últimos años! —exclamó consternado—. Nunca me vas a perdonar, ¿verdad? Jamás vas a olvidar que no te ayudé con lo de Hugo.

—No te juzgo por ello.

—De nuevo te estoy dejando en la estacada, veo en tus ojos la decepción.

—Comprendo que te sientas así, pero si lo vieses desde otro ángulo, si fueses más objetivo, te darías cuenta de que es algo que debo hacer; incluso sacrificando todo lo que nos perderemos, privándonos de estar juntos.

La miró fijamente a los ojos, y vaticinó:

—Por mucho que te diga, no vas a cambiar de idea.

—¡Lo siento! —exclamó con un hilo de voz, y repitió subiéndola hasta sonar con una inquebrantable seguridad—. ¡De verdad que lo siento!

¤ ¤ ¤

Luna apoyaba la decisión de su madre, era muy madura para su edad y, después de entender el propósito de aquel largo viaje, no dudó en decir:

—Mamá tienes que ayudarles. Nosotros estaremos bien.

—¿Estás segura, corazón?

—¡Pues claro!, si no tuviese que estudiar, iría con vosotros.

—Tú estás mejor aquí con tu padre.

—Él pasa mucho tiempo fuera.

—Bueno... no veas solo el lado negativo, piensa que vivirás con tu amiga Erica.

—¡Nos lo vamos a pasar genial!

—Tienes que ser responsable. ¡Prométeme que no descuidarás tus estudios!

—Te lo prometo.

—Y que cuando esté papá no le llevarás la contraria, él quiere lo mejor para ti.

—Lo sé.

¤ ¤ ¤

Marta prefirió no anticiparse a los acontecimientos para no agobiar a su amiga.

—Siento complicarte la vida con dos adolescentes.

—No te preocupes, ya sabes que quiero a Luna como si fuese mi hija. Tú ve, si las cosas no te salen como crees, siempre puedes adelantar la vuelta.

Zoe decreció la mirada, y exclamó angustiada:

—¡Álex no lo entiende!

—Cielo, ponte en su lugar, debe de ser muy duro no ver durante meses a la mujer que amas y, sobre todo, que ese tiempo lo vaya a compartir con otro hombre. Míralo a través de ese cristal. ¿Has pensado que lo puedes perder?

—Sí, claro que sí, he pensado en todo. Para mí es muy difícil apartarme de él y de mi hija. Mas es necesario, hay en juego muchas vidas; ya no hay marcha atrás, pase lo que pase.

—Entonces, no se hable más —con los dedos Marta cerró la cremallera de sus labios.

—Antes de emprender el viaje, tenemos que centrarnos en Fabio y Emma.

—¿Cómo lo haréis?, quiero decir, ¿cómo vais a hacer que despierten?

—No lo sé. Hugo dice que está preparado, pero yo no sé cómo podré ayudarle.

—Zoe, eso mismo me dijiste cuando él estaba en coma.

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Y... ya ves, ahora está aquí sano y salvo.

—¿Tú crees que lo conseguiremos?

—Ya nada me sorprendería. Aunque a decir verdad, Emma y Fabio sabéis dónde se encuentran; pero qué pasa con todos los demás, ¡posiblemente ni existan!

—Cuando estuve allí, no les vi, sin embargo, creo firmemente en lo que Hugo me ha contado.

—Si es así, ojalá no solo les encontréis, sino que os dé tiempo a realizar vuestro objetivo. Yo siempre estaré para lo que necesites.

—¡Ven aquí! —Zoe la estrechó entre sus brazos, agradeciéndole todo su leal y desinteresado apoyo—. ¿Qué haría yo sin ti, qué haría yo sin ti...?

—Más bien pregúntate, ¿qué haré yo sin ti durante todos esos meses?, aunque espero que me llamarás y me escribirás contándome cada paso que deis.

—Te tendré al tanto de todo, y tú prométeme que no me ocultarás cualquier problema que surja, por mínimo que te parezca.

—Te lo prometo —dijo Marta, cruzando los dedos tras de sí.

¤ ¤ ¤

Hugo había terminado su terapia en el hospital, ahora se sentía fuerte para caminar por la vida. Había llegado el momento. Aquel día vería nuevamente a sus amigos, y a la persona con quien había fraguado miles de sueños para formar un maravilloso futuro.

Les citó a todos en su casa. Sus padres prefirieron dejarle a solas con los fantasmas del pasado.

Al principio, sus amigos se sentían inquietos, pero, poco a poco, Hugo hizo que se relajaran y se encontraran como antes de producirse el accidente. Entre tanto, Claudia les observaba en silencio con la mirada perdida, rememorando todos los momentos vividos a su lado, y también, los vividos sin él.

—¡Cómo me alegra verte tan bien! —comentaba violento, Dany.

—Gracias, yo también me alegro de verte. Dime, ¿qué has hecho en estos años?

—Bueno... me casé, tengo un hijo de cinco años; lo normal.

—¡Claro!, lo normal —repitió Hugo.

Al darse cuenta de su falta de tacto, enseguida pretendió arreglarlo:

—Lo que quiero decir...

—No te preocupes. De veras, me alegro mucho por ti.

Pedro le presionó el antebrazo, y comentó:

—¡Chaval estás como un toro!

—Sí, la verdad es que me he matado con la rehabilitación. Casi estoy más fuerte que antes —la mirada de Hugo traspasó la de Claudia, y Pedro carraspeó—. No os preocupéis, he estado un largo periodo fuera de aquí, lo lógico es que os centrarais en vuestras propias vidas.

Juan, que permanecía callado, soltó un profundo suspiro:

—¡No, Hugo, no hemos actuado bien!, ¡te abandonamos! Fuimos unos egoístas. Nos hemos preocupado de nosotros mismos, de nuestro trabajo, de nuestra familia, de nuestros hijos, y hasta de nuestras mascotas; en cambio, a ti no te hemos dedicado ni un solo minuto.

—Yo no sé qué hubiese hecho en vuestro lugar, es muy complicado —intervino Hugo.

—No tenemos justificación, tú eras un gran amigo, y por lo que veo, sigues siendo el mejor. No te merecías lo que te ocurrió, y mucho menos quedarte solo luchando con tu enfermedad. Si tuviera otra oportunidad, haría las cosas de otro modo —él seguía hablando descontrolado—. Todos pensábamos que aunque seguías en el hospital, no estabas ya con nosotros. Por eso, cuando recibí tu llamada, me sentí el ser más despreciable de la tierra. Y ahora, delante de ti, me siento muy avergonzado. Si me hubieses llamado cuando te despertaste, te hubiese ayudado a reponerte, pero entiendo tu desconcierto al saber lo egoísta que fui, mejor dicho, que fuimos todos nosotros.

—Déjalo estar. Era algo que tenía que hacer por mí mismo, quería que me vieseis como era antes del accidente. Aunque en verdad, nunca he estado solo —Claudia bajó la mirada—. Chicos no os he traído para reprocharos nada, seguís siendo parte de mí, tan solo quería que supierais que estoy bien.

Todos se abrazaron a él, deseándole lo mejor para su nueva vida.

Después de una agradable velada, tomaron una copa de cava para celebrar su vuelta. Juan guiñándole un ojo a Claudia, dijo:

—Ahora nosotros nos vamos, imagino que tendréis que hablar.

—Nos vemos —se despidió Dany, saliendo del salón.

—Te llamo —dijo Pedro con un apretón de manos.

Juan le abrazó.

—¡Me alegro mucho, amigo mío!, si lo deseas estaremos en contacto, no te volveré a fallar.

En realidad, Hugo no sabía muy bien por qué les había llamado, quizá, porque para él, el tiempo no había transcurrido, o tal vez por la necesidad de que supieran que él seguía en este mundo.

Les acompañó hasta la puerta de salida, cuando la cerró, cogió aire y lo dejó escapar con lentitud, tenía que enfrentarse a Claudia y no sabía cómo empezar.

Sus miradas se cruzaron por un segundo, ella la desvió abochornada, y dijo balbuceando para espantar el silencio que se abatía sobre ellos:

—Yo, no sé qué decir... —sin poder seguir hablando, se echó a llorar.

—¡Ven aquí! —él la rodeó con sus brazos y dejó que se desahogara. Cuando paró de gemir, se apartó de ella, le quitó el pelo de la cara, y consideró lentamente—. Han pasado muchos años, créeme no te culpo de nada.

—Yo te quería, y todavía te quiero; pero necesitaba seguir con mi vida.

—¿Lo has conseguido?, quiero decir, ¿eres feliz?

Ella seguía sin mirarle directamente a los ojos.

—Sí. Muchas veces me he odiado por sentir tanta felicidad.

—Me alegro por ti. ¿Tenéis hijos?

—Una niña y un niño, nacieron el mismo día, hace seis años.

—¿Se porta bien con vosotros?

—Es un buen padre, y me quiere mucho.

—Y por lo que noto, tú también a él.

Tardó unos instantes en contestar:

—¡Lo siento! —fue entonces cuando Claudia le miró profundamente a los ojos—. ¡Siento mucho no haber estado a la altura!, fui poco paciente. Es curioso, tenía que haber sido yo y no Zoe la que hubiese pasado por toda esa pesadilla. Yo era

tu prometida, la que estaba obligada a permanecer a tu lado, apoyando a tus padres.

—Nadie está obligado a algo así.

—Mas ella lo hizo, una desconocida permaneció segura, quedándose completamente sola con su propia convicción. Al principio, todo lo que decía tu padre de ella, me incomodaba; sin embargo, cuando un día escuché a las enfermeras hablar entre ellas, de la fuerza y el coraje que tenía esa mujer, me sentí un poco liberada, y después de darle muchas vueltas, llegué a tomar esta decisión. Estaba tranquila porque ella seguía contigo, sabía que nunca te abandonaría.

—No te martirices más, ha sido duro para todos, tú al menos has seguido viviendo, así has podido dar vida a esos dos seres, ¿tienes fotos?

—Sí, por aquí debo de llevar alguna —temblorosa, rebuscó en su bolso, abrió su cartera, y se la mostró.

Él la miró, pensando que aquellos dos pequeños podían ser hijos suyos, y exhaló un silencioso suspiro.

—Son muy guapos.

—Gracias.

—Claudia, ¿eres consciente de que para mí no ha pasado el tiempo, como para los demás?, quiero decir...

—Por favor no lo digas. No quiero que sufras por no estar a mi lado. Ahora tan solo puedo ser tu amiga.

—Lo sé, pero en mi mente es como si tan solo faltasen unos días para casarnos. ¡Es todo tan absurdo!

—Sí, lo es, ¡no sabes cuánto lo lamento! Si pudiera borrar esas horas tan amargas, esos días de incertidumbre. Según iban avanzando los meses, los recuerdos parecían ser de otra persona, como si yo no los hubiese vivido. Me sentía tan vacía, tan inútil que, sin darme cuenta, me convertí en un zombi, hasta que un día encontré nuevamente el amor. Y

comprendí que debía seguir ese camino. Suena cruel, ¿verdad?

—Yo no sé lo que hubiese hecho en tu lugar, por eso, no te juzgo, solo te deseo la mayor felicidad del mundo. Ahora tendré que aprender a caminar por otra senda diferente. Estaré mucho tiempo fuera de aquí.

—¿Te marchas?, ¿adónde?

—Lejos, muy lejos. Necesitaría días enteros para contártelo, y créeme no es fácil entenderlo.

—Entonces, te despides para siempre.

—Espero que no.

—Es muy tarde ya... no te entretengo más. Gracias por no enfadarte conmigo.

Él la estrechó entre sus brazos, y le susurró al oído:

—Por favor, Claudia, sé muy feliz.

¤ ¤ ¤

A estas alturas, lo único que les importaba a los padres de Hugo era que su hijo estuviese fuerte y sano, habían aprendido a sufrir, a sacrificarse, a perder la fe y a volverla a recuperar. Ahora eran conscientes de que la decisión de su hijo era crucial, lo prioritario era recuperar a todas esas personas que se encontraban pérdidas, como lo estuvo él, traerles junto a sus familias sería un milagro y, después de todo lo vivido, creían firmemente en lo imposible. Sabían que esos padres, hermanos, parejas y amigos necesitaban recuperar su vida, su horizonte. Incluso, comprendiendo que era necesario y que debían intentarlo, Eduardo y Celia se estremecían por tener que permanecer varios meses sin verle. Daban fe de que junto a él iría la persona más especial que habían conocido, una mujer llena de generosidad, que por no dejar solo a su hijo le acompañaría, sacrificando a

su propia familia para ayudar a unas personas que, supuestamente, existían en algún lugar de nuestro planeta. Por eso, la querían y admiraban tanto, y también, la echarían mucho de menos, especialmente Eduardo, para él era como una hija.

Después de dos meses preparando un viaje tan largo, el día llegó. Hugo y Zoe habían estudiado escrupulosamente todo lo que necesitarían para llegar a cada país. La gran aventura comenzaría en su misma ciudad, Madrid, en la tercera planta del Hospital Las Luces, donde se encontraban Fabio y Emma. Podrían haberse quedado en sus respectivos domicilios, pero decidieron que lo mejor para no tener distracciones familiares, sería que desde el principio se centraran en cuerpo y alma en cada objetivo. Y así lo hicieron, localizaron un hotel para dejar el equipaje y fraguar juntos cada paso.

—¡Hijo cuida de Zoe y también de ti! ¡Llámanos de vez en cuando! —a Celia se le saltaban las lágrimas a borbotones.

Eduardo le dio un fuerte abrazo, y recalcó en plural:

—Contad con nosotros para todo. Si necesitáis algo, no dudéis en pedirlo. Ya nos iréis contando.

—No os preocupéis, estaremos bien. Vosotros disfrutad de Luna.

—No lo dudes hijo —aseguró el padre orgulloso, y agregó—. Ella nos ha prometido que vendrá con Erica a comer un día a la semana.

Hugo esbozó una sonrisa, él mismo se lo había pedido a Luna, y ella no le podía negar nada a su héroe. A continuación, guardó en el maletero de su Audi todos los bártulos, y se alejó mirando a través del espejo retrovisor las figuras de sus amados padres.

¤ ¤ ¤

Entre tanto, Zoe revisaba nerviosa su equipaje, comprobando que no faltara nada. Aunque Hugo le había sugerido: No te vuelvas loca, lleva solo lo justo y necesario, si nos hace falta algo lo compraremos por el camino. Mas no era un viaje normal de unos días, probablemente, estarían alrededor de un año soportando climatologías extremas. Al final del recorrido dormirían en sacos y en tiendas de campaña, que comprarían cuando llegase el momento; pero ella, compulsivamente, seguía metiendo cosas y más cosas, por si acaso. En el fondo, no le atormentaba que tuvieran que ir a Andalucía y, posteriormente, a Roma, Salzburgo, Buenos Aires, México, Los Ángeles y Toronto. Lo que realmente le angustiaba era separarse durante tanto tiempo de todas las personas que amaba, sobre todo de Luna.

En silencio, su compañero y su hija la esperaban en el salón, acompañados de sus queridos amigos. Cuando la vieron aparecer, se levantaron. La primera en acercarse fue Marta.

—Puedes marchar tranquila, cuidaré bien de ellos.

—Lo sé —respondió emocionada con un fuerte abrazo.

—Ten mucho cuidado —le dijo Roberto con un beso en la mejilla.

—Mamá, acuérdate de que tienes que escribir tus experiencias en el diario que te regalé, aunque sea una línea por día, cuando vuelvas lo leeré. ¡Me gustaría ir con vosotros!

—A mí también, pero tienes obligaciones. Te tendré informada de todo. ¡Ven aquí! —La besuqueó por todo el rostro, hasta que ella se quejó, y añadió—. Cuida de tu padre.

—Lo haré.

A continuación, besó a Erica.

—Ayudad las dos a mamá.

—¡Vale!

Por último, se acercó a Álex:

—No te preocupes por mí, estaré bien —se adelantó Zoe.

—Eso espero, porque de no ser así, te iré a buscar y te traeré de vuelta a casa.

—Prométeme que te lo tomarás con paciencia.

La estrechó entre sus brazos, dándole un enternecedor beso en los labios.

—¡Anda, vete ya!, que Hugo lleva un buen rato esperándote.

Todos la acompañaron hasta el coche. Hugo, que estaba apoyado en una de las puertas, guardó el equipaje ayudado por Roberto y, a continuación, se fue despidiendo de cada uno de ellos. Cuando llegó a Álex, éste manifestó con altanería:

—Antes de arriesgarte, primero piensa en ella. Te exijo que la traigas sana y salva a casa.

—Lo haré, estaremos en contacto —respondió, deseando que ese momento tan incómodo terminase pronto.

Marta observaba cada gesto de aquellos dos hombres que amaban a la misma mujer, no podían evitar mirarla con ese brillo especial que desprenden las pupilas cuando estás enamorado. Así pues, su intuición le avisaba de que ante una situación tan problemática, alguien iba a sufrir.

Inesperadamente, Luna se abrazó a Hugo, y exclamó:

—¡Sois los dos muy valientes, estoy segura de que lo conseguiréis!

—¡Gracias, princesa!

Mientras se alejaban, Zoe soltó un suspiro, las lágrimas empañaron la visión de sus ojos, él buscó la mano trémula de ella y al sentir su rápido palpitar, se preguntó si estaba haciendo bien, arrancándola de su familia.

—Todavía estás a tiempo de quedarte —sugirió de corazón—. No quiero que sufráis todos por mi culpa, principalmente tú.

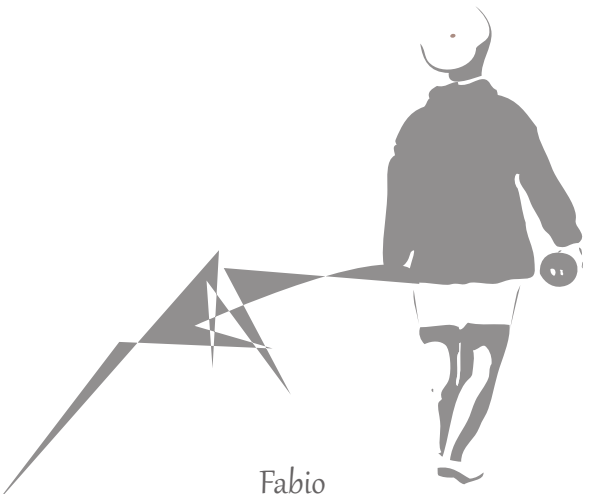
—Se me pasará, solo dame unos minutos...

Ella levantó la mano en petición de silencio, un nudo le producía el total bloqueo de sus cuerdas vocales, impidiéndole articular palabra. Era la primera vez que se separaba de Luna, y aunque sabía que ella lo entendía, le perturbaba que en un momento dado, se sintiese igual que ella cuando tenía su misma edad, perdiéndose en una angustiosa soledad.

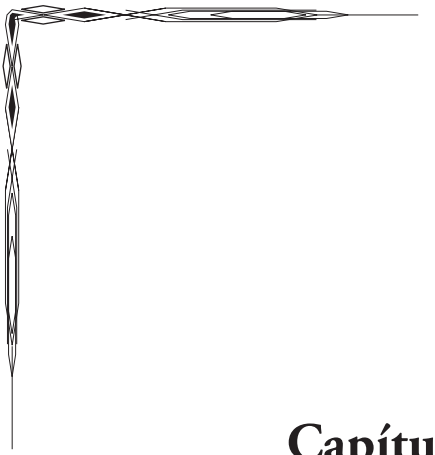
Observaba cómo quedaban atrás las calles, aquéllas donde se había refugiado en miles de ocasiones, reflexionando en las complicadas decisiones que tuvo que tomar. Hugo aceleraba para salir de allí cuanto antes, intuyendo sus dolorosos pensamientos.

Cuando Zoe le volvió a mirar, comprendió que no solo él había vivido entre dos mundos. Ella también lo había hecho y ahora, aunque una vez más quería hacerse la fuerte ante él, en realidad, se sentía igual de asustada y perdida que hacía una década.

¤ ¤ ¤



Fabio



Capítulo 2

FABIO - Madrid (España)

Finales de primavera 2011

Cuando llegaron al hotel, ubicado en la calle Alcalá, muy cerca de los jardines del Retiro, dejaron el equipaje en sus respectivas habitaciones. Antes de ir al hospital, Hugo tenía que contar algo a Zoe, que le había ocultado durante todo ese tiempo.

Llamó a la puerta con los nudillos. Ella abrió, y al verle dijo:

—Espérame en recepción, bajaré enseguida.

Él sujetó la puerta con la palma de la mano abierta y, guiñándole un ojo, exclamó mientras entraba:

—¡Tenemos que hablar!

—¿Ocurre algo?

—El caso es que no sé cómo empezar.

—Me estás empezando a intrigar.

—¡Ven!, pongámonos cómodos.

Los dos se sentaron en el borde de la cama, a él le temblaban las manos.

—No te lo he contado todo.

—No te preocupes, el viaje será largo tendrás tiempo de hacerlo —respondió ella, intentando eludir algo que, sin saber por qué, temía escuchar.

—Esto es muy importante para ti —ella se quedó expectante—. Toronto no es el último lugar que visitaremos. Tendremos que llegar hasta el Tíbet.

—Eso nos llevará mucho tiempo. Tardaremos más de lo previsto. Si lo sabías antes de salir, tenías que habérmelo contado, Álex no lo va a entender.

—Lo hará —cogió aire—. Si le dices que allí te espera tu padre.

—¿Qué...?, ¿he entendido bien?, ¿has dicho mi padre? —preguntó levantándose violentamente, con el rostro desencajado.

—Así es —él puso su mano sobre el hombro de Zoe para calmarla.

—¡Déjame!, ¿se te ha ido la cabeza? —preguntó, zafándose con un movimiento brusco.

—Por favor, siéntate y te lo explicaré.

Ella asintió, pero lo hizo lo más lejos que pudo de él.

—Está bien, como quieras, ahora escúchame. En el laberinto conocí a un hombre que se llama Simón, enseguida conectamos, me enseñó muchas cosas, estaba dotado de una gran capacidad para atraer la atención.

—¿Y qué demonios tiene que ver ese personaje con mi padre?, ¡que se llama Simón!

—Él me relataba aventuras apasionantes, me dijo que se había adentrado en lugares en los que no había llegado nunca el hombre civilizado. Lo último que recordaba era que se

puso enfermo cuando estaba con una tribu, ¿cómo la llamó? —por un instante, cerró los ojos para centrarse mejor en sus recuerdos, y exclamó—. ¡Lo siento!, no logro acordarme de su nombre. Ellos pusieron todos sus conocimientos medicinales para curarle. Parece ser que había accedido a ese lugar increíble, a través de túneles y cascadas.

—Sigo sin entender por qué crees que es mi padre.

—Allí, él era mi mejor amigo; mas no caí en la cuenta hasta que vi a Fabio. Recuerdas que lloré como un niño, en ese momento comprendí que todo lo que había vivido, había sucedido de verdad, en mi mente recobré cada palabra y gesto de cada uno de ellos. De pronto, me vino el recuerdo de Simón, él quería recuperarse porque ella le estaba esperando, nunca me dijo su nombre y tampoco se lo llegué a preguntar, porque en ese magnético lugar éramos capaces de recibir los sentimientos, los temores, los pensamientos; todo, absolutamente todo de los demás, omitiendo lo innecesario.

—No entiendo nada.

—Por lo que me has contado, estoy seguro de que no regresó a por ti porque enfermó y, posteriormente, debió de entrar en coma.

—¿Durante tantos años?

—Me temo que sí.

Zoe comenzó a caminar furiosa por la habitación, hablando en alto.

—Suponiendo que fuese mi padre, me lo tenías que haber contado cuando lo supiste, y no después de un año.

—Yo no estaba preparado ni para contártelo ni para evitar que fueras en su búsqueda.

—Después de tanto tiempo, podría estar muerto. Aunque tengo miles de dudas de que sea él, primeramente iremos allí —exigió Zoe con inquietud.

—¡Cálmate!, eso no puede ser.

—¿Por qué?, ¿por qué no?

—En realidad no sé exactamente dónde se encuentra, ni tampoco cómo localizarle. Piénsalo bien, quizá, para entonces, no tendríamos oportunidad de traer a los demás.

—¡Maldita sea!, ¡me estás pidiendo que sacrifique la vida de mi padre, por personas que ni siquiera conozco! —exclamó, levantando la voz.

—Tardaremos mucho en llegar, y no es seguro que demos con él, sería tarde para todos. Ahora estás confundida, cuando reflexiones te darás cuenta de que es lo mejor, lo más sensato.

—¡No deberías habérmelo ocultado!

—¡Lo siento!

Ella se quedó pensativa, después de meditarlo, asintió con la cabeza y requirió:

—Está bien, procederemos tal y como lo teníamos pensado; mas dame tu palabra de que llegaremos hasta donde se encuentra ese hombre, que no te rendirás hasta llegar a él.

—La tienes. Ahora será mejor que nos marchemos, cuanto antes comencemos todo esto, antes llegaremos hasta Simón.

¤ ¤ ¤

Salieron del hotel y se dirigieron al hospital para empezar con Fabio y Emma. Habían organizado su itinerario, pero no tenían claro cómo dirigirse a sus familias. En más de una ocasión, Hugo se había colocado frente al espejo, simulando la situación:

—¡Hola!, mi nombre es Hugo, estoy aquí para traer a su hijo de vuelta de ese desolado lugar.

Inmediatamente, cambiaba el gesto y rectificaba:

—Soy Hugo, conozco a su hijo y aunque quiere salir de esa pesadilla, no sabe cómo hacerlo, cree que usted no le quiere.

—¡Qué barbaridad!, ¡cómo puedes llegar y soltar eso de sopetón! —se decía atónito a sí mismo.

Y de esa forma se podía tirar horas y horas, pensando en cada uno de ellos, sin saber cómo actuaría cuando llegara el momento.

Finalmente, el día había llegado y, mientras conducía hacia aquel edificio donde había permanecido tantos años, se sentía más perdido que cuando estaba en el Laberinto. Con toda la ilusión y el empeño que había puesto en ello, ahora era consciente de que no sería fácil conseguir su propósito.

Un sudor frío le humedecía el suéter, y los vaqueros empezaban a pegársele a la piel.

Zoe le miraba inquisitiva, como queriendo entrar en su cabeza para leer sus pensamientos.

—Desde que hemos salido no has mencionado palabra. ¿Estás bien?

Él, agobiado, exhaló de golpe una bocanada de aire.

—Van a pensar que estamos locos.

—¿Acaso te estás echando atrás?

—No, claro que no —la miró de soslayo, y añadió balbuceando—. ¿Qué les digo...?, no... no sé... cómo... empezar.

—Hugo, lo primero que tienes que hacer es tranquilizarte —ella se quedó por un momento también sin palabras—. Cuando estabas allí, yo tampoco sabía qué hacer, al principio preparaba discursos para oírme convincente, más tarde, dijese lo que dijese, nada era creíble para los demás, así que, comencé a caminar pensando únicamente en mi objetivo.

—¿Lo que me estás queriendo decir es que me presente allí y diga lo que se me ocurra en ese instante?

—¡Exacto!

Él sonrió y dijo entusiasmado:

—¡Qué haría yo sin ti! Este proyecto sin tu presencia, no tendría ninguna posibilidad.

—Créeme, si yo no estuviera, lo harías tú solo, lo mismo que yo lo hice.

—No estoy tan seguro.

Estacionaron y se encaminaron a la tercera planta, cuando llegaron a la habitación donde se encontraba Fabio, la puerta estaba abierta. Una señora de avanzada edad le observaba con los ojos vidriosos, sin percatarse de las dos personas que estaban irrumpiendo en su pequeño espacio.

—¡Disculpe!, venimos a ver a Fabio —susurró Hugo.

Ella, temblorosa, buscó un pañuelo en el puño de su blusa, se enjugó los ojos y lo volvió a guardar.

—A usted no le conozco, sin embargo, ella es Zoe —aseguró mirándola, y continuó diciendo—. Aunque hace mucho que no la veíamos por aquí.

—Es la abuela de Fabio —dijo mirando a Hugo—. Carmen, él es el enfermo que estuvo tantos años en la 313.

—¡Pues claro, qué tonta!, ya me acuerdo, ¡fue un milagro!, es que no parece el mismo, está tan fuerte y saludable.

—Gracias, es usted muy amable. ¿Cómo se encuentra, Fabio? —dijo él, sorprendido de su pregunta, ya que era evidente que todavía seguía en donde le había dejado.

—Pues lleva así mucho tiempo. Cuando supe lo de usted me llené de esperanza, pero veo que los milagros son como la lotería, existen solo para unos pocos.

—No diga eso. Debemos confiar —propuso Zoe.

—¿Cómo lo hiciste tú?

—Eso es.

—¿Y su padre? —preguntó él, acordándose de todo lo que le contó el niño.

—Ahora está trabajando, viene por las tardes.

—Y ¿qué pasará cuando despierte?, ¿seguirá su padre haciéndole daño? —soltó él, sin ningún miramiento.

—¿Cómo sabe usted...? —preguntó ella, atónita.

—Señora, su nieto me lo contó. No me va a creer, pero cuando yo estaba en coma, podía hablar con él.

La mujer abrió los ojos de par en par y se santiguó repetidas veces.

—¿Es eso cierto?

—Lo es, Carmen —afirmó Zoe—. Dice la verdad, está aquí para ayudarle.

—No sé, quizá a su padre no le guste.

—Fabio me contó que usted le llevaba al cementerio y ponían flores en la tumba de su abuelo.

Ella se echó a llorar.

—Después de tanto tiempo, los familiares de los enfermos somos como de la familia, pasamos tantas horas en este lugar, sin embargo, no recuerdo habérselo contado a ninguno de ellos —a falta de otra alternativa, ella consintió—. De acuerdo, no perderemos nada, aunque no sé qué dirá mi hijo de todo esto.

—Eso déjemelo a mí —puntualizó él.

Se sentó sobre la cama junto al niño, le cogió la mano, y se expresó, eligiendo palabras confortantes:

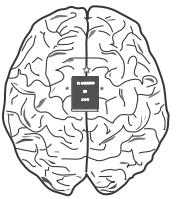
—Pequeño, soy Hugo, estoy contigo. No permitiré que la oscuridad te atormente más, sé que puedes oírme. Buscaré la forma de llegar a ti para traerte de vuelta a casa, por eso, tienes que confiar en mí, en algún punto nos encontraremos.

La abuela y Zoe le observaban en silencio, y él seguía hablándole hasta notar cualquier pestañeo o movimiento receptivo en su rostro.

—Estoy completamente curado, y he conocido a tu abuela, no se apartará de tu lado hasta que despiertes. Tu

padre y ella desean que llegue la hora de abrazarte. Fabio, estando en esa dimensión, me pediste que te diera la mano cuando llegara la noche, y no lo conseguí. Ahora juntos lo lograremos, sé que eres un chaval muy inteligente, y que averiguarás la forma de guiarme hasta ti.

Hugo cerró los ojos y...



...por un instante, algo tiró de él hasta entrar en un lugar desértico y silencioso, donde se anunciaba en un gran rótulo luminoso: «*PARQUE DE BOLAS DE 4 A 11 AÑOS*». Un gran espacio con retorcidos túneles, toboganes y pasadizos, que terminaban en un enorme recipiente repleto de pequeñas esferas de colores. Al otro lado, se encontraba un gracioso letrero: «*GUARDERÍA DE 1 A 3 AÑOS*», con una mini piscina de bolas, aislada por una mampara transparente. Entre ambas estructuras, una cafetería con pequeñas mesas distribuidas de forma que los padres pudieran vigilar los movimientos de sus hijos.

Hugo, a pesar de que nunca visitó un sitio como ése, había oído comentar a algunos de sus compañeros, que era el lugar preferido para celebrar los cumpleaños de los niños con sus amiguitos.

De pronto, escuchó una lejana voz infantil, sin poder descifrar lo que decía. Poco a poco, se fue mezclando con otras

voces. Agudizó los oídos, percibiendo risas y carcajadas; era frustrante escucharles sin poder ver a nadie.

Sin previo aviso, su conciencia se alejó de allí...



... Al abrir los ojos, se encontró con las miradas de las dos mujeres, que llevaban casi una hora expectantes.

—¡Se ha quedado dormido! —exclamó Carmen, y añadió—. Zoe me ha dicho que no le despertara.

—¿Su nieto acudía a esos parques de juegos de bolas?

Ambas se quedaron extrañadas por la pregunta, especialmente Zoe que, impaciente, esperó la respuesta.

—Sí, le encantaban. Aunque le tenía que llevar una camiseta de repuesto, porque solía terminar empapado. Tras esas intensas fiestas de cumpleaños siempre pillaba un fuerte resfriado.

—¿Qué fue de su madre? —preguntó Zoe.

—Murió a los dos meses de nacer Fabio, tenía problemas de corazón. Mi hijo no quiso que se quedara embarazada, pero, ¡ella deseaba tanto tener este niño, que no le importó arriesgar su vida por él!

—Fabio me contó que su padre le pegaba a menudo.

—Perdía los nervios, yo creo que siempre le culpó por la muerte de su esposa. Desde que mi nieto entró en coma a consecuencia de un golpe —Carmen cogió aire para poder seguir—. Se ha dado cuenta de que parte de ella se encuentra en Fabio y, sin su hijo, lo está pasando muy mal. Aunque hasta ahora no ha sabido cuidarle, le quiere mucho. Desde aquel día, cuando sale de trabajar viene aquí, y se queda muchas noches a su lado.

—¿Usted le cree capaz de cuidarle?, ¿de no volverle a hacer ningún daño?

—Por supuesto que sí, él nunca ha sido un hombre agresivo. Lo que le pasó es que no entendió el porqué del sacrificio de mi nuera, cuando la perdió se enfadó con el mundo, con el Universo entero. Ahora, es consciente de todo —ella acarició tiernamente la mejilla de su nieto—. Lo único que desea es verle de nuevo correr por la casa.

Al soltar un suspiro lleno de melancolía y fatiga, Zoe indicó:

—Será mejor que la dejemos descansar.

—Si no le importa volveremos mañana —sugirió él.

—Pueden venir cuantas veces quieran.

¤ ¤ ¤

De vuelta al hotel, Hugo describió a Zoe, todo lo que había visto cuando se quedó dormido, o mejor dicho transportado.

—¡Qué extraño! Tenías que haberle visto en el laberinto, ¿no?

—Lo mismo pensé yo cuando abrí los ojos —por un instante se quedó meditándolo en voz alta—. Tal vez, cada uno de nosotros viese aquel lugar de forma diferente.

—Tú me contaste que caminabais juntos por esos senderos angostos.

—No sé qué decirte, aunque creo que hemos dado un gran paso. Tenemos que centrarnos en ese parque de bolas, presiento que es el nexo para traerle de vuelta.

¤ ¤ ¤